

de que vamos hablando; ninguna casa de comercio hubiera querido subscribir un empréstito, porque declarando que tenía negocios con el Estado hubiera perdido todo crédito; si algún especulador temerario hubiera consentido en hacer un empréstito, hubiera dado á lo sumo cincuenta francos por una renta del cinco por ciento, lo cual hubiera expuesto al tesoro á pagar el enorme interés de un diez por ciento. No quería, pues, el primer cónsul echar mano de un recurso tan costoso. Había, á la sazón, otro modo de hacer empréstitos; consistía en empeñarse con las grandes compañías de contratistas y abastecedores encargados de las provisiones de los ejércitos, pagándoles con inexactitud lo que se les debía, por lo cual desquitábanse ellos, haciendo pagar sus suministros el duplo ó triple de lo que valían. De este modo los especuladores osados que gustan de los negocios en grande, en vez de dedicarse á los empréstitos, recurrían con avidez á los suministros y contrataciones. Dirigiéndose á ellos se hubiera hallado el modo de suplir al crédito, pero este medio era mucho más costoso aún que los mismos empréstitos. Deseaba el primer cónsul pagar con regularidad á los contratistas para obligarlos á cumplir con la misma regularidad sus servicios, y á suministrarlos á precios equitativos; desechaba, pues, así el arbitrio de la enajenación de bienes nacionales, que aún no podían venderse con ventaja, como el de los empréstitos, á la sazón muy difíciles y muy costosos, y finalmente el de los suministros en grande, que llevaban en pos abusos difíciles de calcular. Lisonjébase de poder evitar por medio del orden y de la economía, con el aumento natural del producto de los impuestos y algunos recursos accesorios de que vamos á dar cuenta, los grandes apuros y desmedidas exigencias que los especuladores hacen sufrir á los gobiernos, privándoles á la vez de sus rentas y su crédito.

El presupuesto del año x, que era el último (de septiembre de 1801 á septiembre de 1802), se había fijado en quinientos millones de francos (seiscientos veinte millones con los gastos de recaudación y los céntimos adicionales). La paz había hecho que no se traspasara esta suma. Sólo los impuestos habían superado en sus productos á las esperanzas del gobierno. Se había supuesto una renta de cuatrocientos setenta millones, y votado la enajenación de unos cuantos bienes nacionales para igualar los gastos con las entradas; pero los impuestos habían superado en treinta y tres millones á la suma prevista, y por lo tanto la enajenación votada había llegado á ser inútil. Este inesperado aumento de arbitrios procedía: de los registros, que merced al número creciente de las transacciones privadas habían producido ciento setenta y dos millones en vez de ciento cincuenta; de las aduanas, que merced al comercio renaciente produjeron treinta y un millones en vez de veintidós, y finalmente de los correos y otras rentas de menos importancia.

Esperábase, y los sucesos lo probaron, que no había engaño; que á pesar de la renovación de la guerra continuaría el mismo aumento en el producto de los impuestos. Bajo el gobierno enérgico del primer cónsul no se temían ya desórdenes ni reveses; subsistiendo la confianza, las transacciones privadas, el comercio interior, los cambios cada día más considerables con el

continente, debían seguir una creciente progresión. Sólo el comercio marítimo estaba expuesto á padecer, y la renta de las aduanas, cuyo importe ascendía á la sazón á treinta millones en el presupuesto de entradas, denotaba bastante que del perjuicio que sufriera no podía resultar una gran pérdida para el tesoro. Contábase, pues, con razón con más de quinientos millones de entradas. El presupuesto del año xi (de septiembre de 1802 á septiembre de 1803) se acababa de votar en marzo, mientras se temía, aunque no se sabía con certeza, la renovación de la guerra, y se había fijado en quinientos ochenta y nueve millones, sin contar los gastos de recaudación, si bien comprendiendo en esta cantidad una parte de los céntimos adicionales. El aumento era por consiguiente de ochenta y nueve millones. Parte de este aumento se asignó á la marina, cuyo presupuesto ascendió de ciento cinco millones á ciento veintiséis, y otra parte al servicio de la guerra, al cual se destinaron doscientos cuarenta y tres millones en vez de doscientos diez; lo restante se repartió entre las obras públicas, los cultos, la nueva dotación ó lista civil de los cónsules y los gastos fijos de los departamentos, consignados esta vez en el presupuesto general. Se hizo frente á este aumento de gastos con el supuesto aumento del producto de los impuestos, con los céntimos adicionales destinados á los gastos fijos de los departamentos y con otras varias entradas procedentes de los países aliados. Debía, pues, el presupuesto corriente considerarse como equilibrado, salvo un excedente indispensable para los gastos de guerra. No podía, en efecto, suponerse que una adición de veinte millones para el sostenimiento de la marina y otra de treinta para el del ejército bastasen á cubrir las necesidades de la nueva situación. La guerra con el continente era por lo común poco costosa, porque nuestras tropas vencedoras, que desde el comienzo de las operaciones habían atravesado el Rhin y el Adige, se sostenían á expensas del enemigo, pero no era este el caso ahora. Los seis campamentos establecidos en el litoral, desde la Holanda á los Pirineos, tenían que vivir sobre el suelo francés hasta que llegara el día de cruzar el estrecho. Había que atender además á los gastos de las nuevas construcciones navales y colocar en nuestras costas una masa enorme de artillería. Apenas bastaban para hacer frente á las necesidades de la guerra con la Gran Bretaña cien millones más al año (1). He aquí los arbitrios de que se proponía echar mano el primer cónsul.

Hemos hecho mención de varios ingresos procedentes de países extraños, consignados ya en el presupuesto del año xi para cubrir en parte la suma de ochenta y nueve millones en que este presupuesto excedía al del año x. Estos ingresos eran los de la península de Italia. No teniendo aún ejército la república italiana, y no pudiendo menos de valerse del nuestro, pagaba un millón y setecientos mil francos al mes (diez y nueve millones y doscientos mil francos al año) para mantener las tropas francesas. La Liguria se hallaba en igual caso, y

(1) Parecerá esta suma de poca importancia atendido el importe actual de nuestros presupuestos; pero es preciso referirse siempre á los valores de la época de que se trata, y recordar que cien millones entonces equivalían á doscientos ó doscientos cincuenta ahora, y aun quizá más tratándose de gastos militares. (N. del A.)

aprontaba un millón y doscientos mil francos anuales; Parma contribuía con dos millones. Formaban estas rentas anuales un arbitrio de veintidós millones y medio, ya consignados, como acabamos de decir, en el presupuesto del año xi. Faltaba, pues, encontrar la íntegra suma de cien millones que probablemente sería necesario agregar á los quinientos ochenta y nueve millones del presupuesto del año xi.

Los medios con que contaba el primer cónsul eran los donativos voluntarios, el precio de la Luisiana y los subsidios de los otros Estados. Los donativos voluntarios de las ciudades y de los departamentos ascendían á cerca de cuarenta millones, de los cuales quince venían en el año xi, otros quince en el año xii y el resto en los siguientes. El precio de la Luisiana, enajenada por ochenta millones, de los cuales había que imponer sesenta en Holanda en beneficio del Tesoro francés, y satisfacer cincuenta y cuatro íntegros deducidos los gastos de negociación, ofrecía un nuevo arbitrio. Los americanos no habían aún aceptado legalmente el contrato, pero ya la casa de Hope se ofrecía á depositar anticipadamente parte de esta suma. Distribuyendo en dos años este arbitrio de cincuenta y cuatro millones, resultaban veintisiete agregados á los quince procedentes de los donativos voluntarios, lo cual hacía ascender á cerca de cuarenta y dos el suplemento anual para los presupuestos de los años xi-xii (de septiembre de 1802 á septiembre de 1804). Finalmente, la Holanda y la España debían suministrar el resto. La Holanda, libre del estatudero por nuestras armas y defendida contra la Inglaterra por nuestra diplomacia, que había hecho se le restituyesen la mayor parte de sus colonias, se hubiera alegrado mucho ahora de verse libre de una alianza que nuevamente la arrastraba á la guerra; hubiera deseado permanecer neutral entre la Francia y la Gran Bretaña y sacar provecho de una neutralidad muy felizmente situada entre ambos países. Pero el primer cónsul había tomado una resolución cuya justicia no puede negarse, y era la de hacer que todas las naciones marítimas concurriesen á nuestra lucha contra la Gran Bretaña.

«La Holanda y la España, decía continuamente, se pierden si quedamos vencidos; todas sus colonias de la India y de la América serán invadidas, destruidas ó incitadas á la rebelión por la Inglaterra. Verdad es que á estas dos potencias les parecería más cómodo no tomar partido, presenciar nuestra derrota si somos vencidos, y aprovecharse de nuestro triunfo si salimos vencedores, porque si queda escarmentado el enemigo, será el provecho tanto de ellas como nuestro. Pero esto no puede ser; deben combatir con nosotros, como nosotros y con esfuerzos iguales: así lo quiere la justicia y su interés mismo, porque para triunfar nos es indispensable su auxilio. Y gracias que uniendo todos nuestros medios logremos vencer á los dominadores de los mares; aislados, reducidos cada cual á sus propias fuerzas, serán éstas insuficientes y quedaremos vencidos.»

Deducía, pues, el primer cónsul que la Holanda y la España debían ayudarle, y puede decirse con toda verdad que obligándolas á coadyuvar á sus designios, tan sólo las obligaba á ser previsoras en su propio interés. Pero fuera de esto, para hacer respetar el lenguaje de la razón tenía para la Holanda la fuerza, puesto que nuestras tropas ocupaban á Fleisinga y á Utrecht, y para Es-

paña el tratado de alianza firmado en San Ildefonso. En Amsterdam, todos los hombres ilustrados y animados de verdadero patriotismo y Shimmelpenninck á su frente, eran de la misma opinión que el primer cónsul, por lo cual no fué difícil ponerse de acuerdo y convenir en que la Holanda nos auxiliase del modo siguiente. Comprometiase ésta á sostener y pagar un cuerpo de diez y ocho mil franceses y agregar una fuerza naval, compuesta de una escuadra de línea y de una escuadrilla de barcos chatos. La escuadra de línea debía consistir en cinco navíos de alto bordo, cinco fragatas y los barcos necesarios para transportar veinticinco mil hombres y dos mil quinientos caballos desde el Texel á las costas de Inglaterra. Debía componerse la escuadrilla de trescientos cincuenta barcos de toda dimensión, y ser capaz de transportar treinta y siete mil hombres y mil quinientos caballos desde la desembocadura del Escalda á la del Támesis. La Francia en cambio garantizaba á la Holanda su independencia, la integridad de su territorio europeo y colonial, y, en caso de triunfar contra la Inglaterra, la restitución de las colonias que había perdido en las últimas guerras. El auxilio que por medio de este arreglo se proporcionaba era considerable en fuerzas y dinero, pues desde este instante dejaban de pesar sobre el tesoro de Francia diez y ocho mil franceses, diez y seis mil holandeses iban á engrosar nuestro ejército, y por último agregaban á nuestros recursos navales medios de transporte para sesenta y dos mil hombres y cuatro mil caballos. Difícil sería no obstante fijar la suma con que semejante auxilio podía figurar en el presupuesto extraordinario del primer cónsul.

Faltaba conseguir la cooperación de la España. Esta potencia estaba aún menos dispuesta que la misma Holanda á consagrarse á la causa común. Vimosla, bajo la caprichosa influencia del príncipe de la Paz, vacilar miserablemente entre las más opuestas direcciones, ya inclinándose á la Francia para conseguir un Estado en Italia, ya á la Inglaterra para librarse de los esfuerzos que un intrépido é infatigable aliado le imponía y perder en aquellas fluctuaciones la preciosa isla de la Trinidad. Amiga ó enemiga igualmente impotente, no se sabía qué hacer de ella ni en paz ni en guerra, no porque fuesen de menospreciar su noble población llena de patriotismo, ni su fértil suelo con sus puertos del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena: muy lejos de eso; pero un gobierno indigno vendía por su incapacidad profunda la causa de la España y la de todas las naciones marítimas. Por esta consideración, después de haberlo pensado maduramente, no se propuso el primer cónsul sacar del tratado de alianza de San Ildefonso más partido que el de una prestación de subsidios. Por este tratado, firmado en 1799, bajo la primera administración del príncipe de la Paz, se obligaba la España á suministrar á la Francia veinticuatro mil hombres, quince navíos de línea, seis fragatas y cuatro corbetas, pero el primer cónsul resolvió no reclamar este auxilio. Pensó con razón que con arrastrar á la España á la guerra, ni ella ni la Francia saldrían gananciosas; que aquélla quedaría poco airosa, se vería inmediatamente despojada de su único recurso, que eran los pesos de Méjico, los cuales serían interceptados; no podría equipar ni un ejército ni una escuadra, no sería por consiguiente de utilidad ninguna, y suministraría á la Inglaterra el pretexto largo

tiempo anhelado para insurreccionar toda la América del Sur; que si en verdad la participación de la España en las hostilidades trocaba en costas enemigas para los buques ingleses todas las costas de la Península, al mismo tiempo ninguno de sus cuerpos podía tener una influencia útil como la tendrían los de la Holanda en la operación de la invasión; que por lo tanto el interés de su cooperación no era de gran monta; que desde el punto de vista comercial ya al pabellón británico era inaccesible la España por sus aranceles, mientras los productos franceses continuarían encontrando en la península, así en paz como en guerra, una preferencia segura. Por todas estas consideraciones mandó decir secretamente al caballero Azara, embajador de Carlos IV en París, que si á su corte le repugnaba la guerra, no tendría inconveniente en que permaneciese neutral, siempre que se aviniese á prestar un subsidio de seis millones de francos al mes (setenta y dos millones al año) y á celebrar un tratado de comercio que diese á las manufacturas francesas más amplia salida que la que actualmente gozaban.

Este ofrecimiento, asaz moderado en verdad, no logró en Madrid la acogida que merecía. El príncipe de la Paz estaba en relaciones íntimas con los ingleses y frustraba abiertamente la alianza. Esta era la causa por qué el primer cónsul, que sospechaba su perfidia, había situado en la misma Bayona uno de los seis campamentos destinados á maniobrar contra la Inglaterra. Resuelto estaba á declarar la guerra á la España antes que tolerar que abandonase la causa común; por lo cual mandó á su embajador el general Beurnonville que entablase sobre este punto explicaciones perentorias. Los ingleses, usurpando una autoridad absoluta sobre los mares, le obligaban á ejercerla igual sobre el continente para la defensa de los intereses generales del mundo.

Hay que agregar á los auxilios de los Estados aliados los que se iban á sacar de los Estados enemigos, ó por lo menos malévolos, que iban á ser ocupados. El Hannover debía mantener á treinta mil hombres; la división formada en Francia y encaminada hacia el golfo de Tarento, debía vivir á expensas de la corte de Nápoles. Instruido por su embajador, sabía el primer cónsul con toda exactitud que la reina Carolina, gobernada por el ministro Acton, estaba enteramente de concierto con la Inglaterra, y que no pasaría mucho tiempo sin que se viese precisado á expulsar á los Borbones del continente de Italia. No dejó por lo tanto de explicarse claramente con esta reina. «No toleraré más, le dijo, á los ingleses en Italia, que en España y en Portugal. Al primer acto de complicidad con la Inglaterra, la guerra me hará justicia contra vuestra enemistad. Puedo yo hacer mucho bien y mucho daño. Elegid lo que queráis. No quiero quitaros vuestros Estados; me basta que cooperen á mis designios contra la Inglaterra; pero seguramente me apoderaría de ellos si los viera levantados contra mí.» El primer cónsul lo decía con sinceridad, porque aún no se había hecho jefe de dinastía y no pensaba en conquistar reinos para sus hermanos. Limitóse á exigir que la división de quince mil hombres establecida en Tarento se mantuviese á expensas del tesoro de Nápoles; obligación que consideraba como un tributo impuesto á sus enemigos, lo mismo que el que iba á pesar sobre el reino de Hannover.

En resumen, los arbitrios creados por el primer cónsul se reducían á lo siguiente: Nápoles, la Holanda y el Hannover, debían mantener unos sesenta mil hombres; la república italiana, Parma, la Liguria y la España tenían que pagarle un subsidio regular y determinado; la América se disponía á entregarle el valor de la Luisiana; el patriotismo de los departamentos y de las ciudades de importancia le suministraba suplementos de contribución enteramente voluntarios; finalmente, las rentas públicas le prometían un aumento progresivo de productos, aun durante la guerra, merced á la confianza que inspiraba un gobierno enérgico y reputado como invencible.

Lisonjeábase el primer cónsul de poder agregar con todos estos medios á los quinientos ochenta y nueve millones del presupuesto del año XI un arbitrio extraordinario de cien millones anuales por espacio de dos, tres ó cuatro años. Para lo futuro contaba con las contribuciones indirectas. De este modo estaba seguro de poder mantener un ejército de ciento cincuenta mil hombres en las costas, otro de ochenta mil sobre el Rin, las tropas necesarias para la ocupación de la Italia, de la Holanda y del Hannover, cincuenta navíos de línea y una escuadrilla de transporte de una extensión desconocida y hasta entonces sin ejemplo, puesto que se trataba de embarcar en ella ciento cincuenta mil soldados, diez mil caballos y cuatrocientas piezas.

El mundo entero estaba poseído de agitación y espanto viendo los preparativos de aquella lucha gigantesca entre los dos imperios más poderosos del globo. Difícil era que no se resintiese de sus consecuencias aun cuando la guerra comprendiese sólo á la Francia y á la Inglaterra, porque los neutrales iban á sufrir vejaciones por parte de la marina británica, y el continente iba á verse forzado á acceder á los designios del primer cónsul, ya cerrando sus puertos, ya tolerando ocupaciones incómodas y dispendiosas. Todas las potencias reconocían que en rigor la sinrazón del rompimiento pertenecía á la Inglaterra; á todas, aun á las con nosotros menos benévolas, les parecía la pretensión de conservar á Malta una violación manifiesta de los tratados que no podía justificar nada de lo que había ocurrido en Europa desde la paz de Amiéns. La Prusia y el Austria habían sancionado por medio de convenios formales lo que con la Italia y la Alemania se había hecho, y aprobado por medio de notas el arreglo de la Suiza. No se había adherido tan explícitamente la Rusia á la conducta de la Francia; pero fuera de algunas reclamaciones sobre la indemnización del rey de Cerdeña, tan memorada, había aprobado poco más ó menos nuestros actos, y por lo tocante á nuestra intervención en Suiza, la eligió singularmente como bien conducida y equitativamente terminada. Por consiguiente, ninguna de las tres potencias del continente podía encontrar en los acontecimientos de los dos años últimos justificación alguna para la usurpación de Malta, y así lo manifestaban con toda la sinceridad; y no obstante, á pesar de reconocerlo así, se inclinaban más bien á la Inglaterra que á la Francia.

A pesar de que el primer cónsul había puesto todo su esmero en refrenar la anarquía, no podían menos de reconocer estas potencias que la revolución quedaba en él victoriosa y con mucha más gloria de la que á ellas

convenía. La Prusia y el Austria eran muy poco marítimas para tomarse gran interés en la cuestión de la libertad de los mares; la misma Rusia estaba interesada en ella de una manera demasiado indirecta para que requiriese de su parte gran celo; lo que principalmente las afectaba era la preponderancia de la Francia en el continente, que consideraban aún más perjudicial que la preponderancia de la Inglaterra sobre el Océano. El derecho marítimo que se proponía ésta hacer triunfar, les parecía un atentado á la justicia y al interés del comercio general, pero el dominio que la Francia ejercía ya, y que iba á ejercer más todavía en Europa, era un peligro inmediato é inminente que profundamente les consternaba. Por esta razón censuraban agriamente á la Inglaterra de haber provocado esta nueva guerra, y lo hacían de una manera declarada; pero al mismo tiempo habían vuelto á concebir contra la Francia aquella inveterada animosidad que la prudencia y la gloria del primer cónsul desarmaron momentáneamente como en virtud de una sorpresa causada al rencor por el prestigio del genio.

Nada confirma más este modo de discurrir de las potencias con respecto á nosotros que ciertos dichos de los más grandes personajes de aquella época. Conversando en la mesa Felipe de Cobentzel, embajador en París y primo del ministro de Negocios extranjeros en Viena, Luis de Cobentzel, con el almirante Decrés, el cual con la vivacidad de su ingenio sabía prestar agudeza al ingenio de los demás, no pudo menos de decir: «Es cierto que la sinrazón está de parte de la Inglaterra y que sus pretensiones son insostenibles; pero seamos francos: ustedes tienen demasiado amedrentados á todos para que pensemos en temer á la Inglaterra (1).» El emperador de Alemania Francisco II, que ha terminado en nuestros días su larga y juiciosa vida, y que bajo una simplicidad aparente ocultaba una gran penetración, hablando á nuestro embajador Mr. de Champagny de la nueva guerra y expresando su pesar con una buena fe evidente, afirmaba que él por su parte estaba resuelto á permanecer en paz, pero que se hallaba dominado de temores involuntarios cuyo motivo apenas se atrevía á decir. Pero fomentando su confianza Mr. de Champagny, y estimulándole á revelarlos, dijo, después de mil excusas y protestas de estimación hacia el primer cónsul: «Si el general Bonaparte, que ha consumado tantos milagros, no lleva á cabo el que dispone actualmente; si no pasa el estrecho, nosotros seremos las víctimas, porque volverá á caer sobre nosotros y batirá á la Inglaterra en Alemania.» El emperador Francisco, de suyo tímido, sintió haber hablado tanto y quiso recoger sus palabras, pero era ya tarde; Mr. de Champagny las escribió inmediatamente á París por el primer correo (2). Este dicho en boca de aquel príncipe era una prueba de su rara previsión, la cual por cierto le sirvió de bien poco, porque él mismo fué quien más adelante ofreció á Napoleón la proporción de batir, como decía, á la Inglaterra en Alemania.

Además, de todas las potencias el Austria era la que

(1) He leído esta relación en una nota escrita del mismo puño de Mr. Decrés y dirigida inmediatamente á Napoleón.

(N. del A.)

(2) Es inútil decir que también esta relación está sacada de una nota auténtica del embajador de Francia.

(N. del A.)

menos tenía que temer las consecuencias de la presente guerra, si hubiera sabido resistir á las sugestiones de la corte de Londres. Ella en efecto no tenía que defender ningún interés marítimo, puesto que carecía de comercio, de puertos, de colonias. El puerto cegado de arena de la antigua Venecia que le acababan de adjudicar, no era bastante á crear para ella intereses de este género. Tampoco era como la Prusia, España ó Nápoles, dueña de extensas riberas que excitasen la codicia de la Francia. Podía, pues, muy fácilmente mantenerse extraña á la contienda, en lo cual hubiera ganado una completa libertad de acción para los negocios germánicos. La Francia, precisada á luchar con la Inglaterra, no podía ya abrumar con todo su peso á la Alemania, y el Austria por el contrario podía decidir á su arbitrio las cuestiones que estaban aún pendientes. Pretendía ésta, según dijimos, cambiar el número de votos en el colegio de los príncipes, apropiarse fraudulentamente todos los valores muebles de los Estados secularizados, impedir la incorporación de la nobleza inmediata, despojar del Inn á la Baviera, y por todos estos medios reunidos recobrar la antigua superioridad de su imperio. La ventaja de someter á su manera todas estas cuestiones la consolaba del pesar de ver renovada la guerra, y á no ser por su extremada prudencia, casi le hubiera inspirado júbilo.

Las dos potencias del continente más apesadas á la sazón eran la Prusia y la Rusia, por causas en verdad muy diferentes y en muy diverso grado. La más afectada era la Prusia. Fácilmente se comprende cuán penosa debía ser la perspectiva de una nueva conflagración europea para su rey, que odiaba por carácter las guerras y los dispendios.

La ocupación de Hannover ofrecía además para su reino los más graves inconvenientes; para precaverla propuso un arreglo que pudiera convenir á un mismo tiempo á la Francia y á la Inglaterra: ofrecía á la Inglaterra ocupar aquel electorado con las tropas prusianas, prometiéndole que sólo sería su amigable depositario con la condición de que ella dejase libre la navegación del Elba y el Wéser; por otra parte, ofreció al primer cónsul conservar el Hannover por cuenta de la Francia, haciendo ingresar en el tesoro francés las rentas del país. Este doble celo hacia dos potencias tenía por objeto primeramente librar la navegación del Elba y del Wéser de los rigores de la Inglaterra, y en segundo lugar librar al Norte de la Alemania de la presencia de los franceses. Estos dos intereses eran para la Prusia de mucha monta, pues por el Elba y el Hamburgo, por el Wéser y Bremen era por donde se exportaban todos los productos de su territorio; las telas de la Silesia, que constituían su principal riqueza de exportación, se compraban por la vía de Hamburgo y Bremen, y se cambiaban en Francia por vinos y en América por géneros coloniales. Si los ingleses bloqueaban el Elba y el Wéser, todo este comercio desaparecería.

Ni era menor el interés de que quedase libre de franceses el Norte de Alemania: su presencia en primer lugar inspiraba temores á la Prusia; en segundo lugar su permanencia era causa de amargas censuras de parte de los príncipes alemanes que constituían su clientela en el imperio, los cuales la decían que, unida con la Francia por razones de ambición, abandonaba la de-